



*Pablo Portales*

## A 33 años

La libertad de expresión y la dignidad profesional han vuelto a resonar en el gremio periodístico. Pero, qué hay detrás de esta retórica.

Comúnmente, cuando se habla de falta de libertad de expresión se hace referencia a persecuciones o sanciones en contra de personas, periodistas o medios informativos que han expresado algo que no gusta a la autoridad. También se alude a las normas legales o administrativas que legitiman los actos que pretenden proscribir o inhibir la actividad periodística.

Pero hay otras formas más solapadas y poco dichas que carcomen la vitalidad periodística. Son las censuras instaladas al interior de los medios y en nosotros mismos. Estas son más venenosas, porque no se ven a primera vista o simplemente, varios ya se habituaron a reportear, escribir o editar con sus propias autorrepresiones a cuesta.

Hay medios en que nadie se pregunta nada y diariamente se sale con una mentalidad rutinaria a hacer registros. Los informativos de televisión parecen estar condenados a esa actitud.

El periodismo se ha acostumbrado a ocuparse de temas sólo cuando alguna autoridad (gubernamental, política, eclesiástica, sindical o empresarial) resuelve ha-

blar. Por ejemplo, el tema del smog en Santiago se aborda cuando con la ciudad en tinieblas, la autoridad empieza a anunciar medidas, pero rara vez se le ha seguido la pista a las promesas (ideas y planes) oficiales.

La cualidad periodística de auscultar lo que está sucediendo en diversos ámbitos de la sociedad a fin de descubrir y dar noticias, independientemente de si una "autoridad" o fuente de información cite a los periodistas, no es frecuente en las salas de redacción. Por lo tanto, los medios de comunicación se condicionan a entregar una visión cuyo sesgo está fuertemente determinado por la franja dirigente.

Esta forma de autolimitación se expresa en que la mayoría de las páginas están cubiertas por resumidas reproducciones de formales declaraciones y en los receptores se escuchan fragmentos de voces cuidadosamente editadas.

Por eso, las informaciones de un diario a otro o de una radio a otra no son muy diferentes, se distinguen por los énfasis o por los juicios de valor y en contados casos por estilos, pero no por su forma de abordar los hechos ni de recrearlos en un relato propio (salvo excepciones).

La "moderación" es una retórica política peligrosa para el periodismo. Tras su expresión suele esconderse una actitud de censura a abordar ciertos problemas sensibles para la convivencia social. Por ejemplo, el tema de los derechos humanos sólo se abor-

dará si alguna "fuente autorizada" habla del tema, pero rara vez el medio le seguirá la pista a ciertos hechos, tampoco abrirá debates sobre casos pendientes o indagará las opciones concretas que imaginan o se proponen las alternativas políticas, más allá de los enunciados. Hacerlo sería salirse de los "márgenes de moderación" impuestos desde fuera.

Los medios se autolimitan por motivos políticos. Los periodistas o se adaptan o buscan profesionalmente abrirse espacio a riesgo de ser sancionados, como le sucedió a un reportero que osó publicar versiones contrapuestas sobre un hecho sindical.

La obsecuencia de muchos periodistas respecto de "su fuente" es otro de los mecanismos que lesionan la libertad y la dignidad profesionales. Es como si su trabajo dependiera de ella. Si ésta se molesta por una pregunta o publicación o una fotografía que no es de su agrado, puede perder la fuente, lo que podría tener consecuencias, pues los editores o radiodifusores se han acostumbrado a vivir traumáticamente las molestias venidas de las cumbres poderosas o de sus partidarios.

Hay muchos periodistas a los que les late la inquietud por estas formas de atropello a la libertad de expresión y su dignidad profesional. A sus 33 años, el Colegio de Periodista podría abrirles un espacio para juntos soñar cambios.